

PÁJAROS DESDE LA MISERIA

Esta pequeña publicación pertenece a una serie numerada y limitada a 500 ejemplares, encuadernados y editados por mí, en mi pequeño estudio en Granada.

Todo el contenido de esta publicación está bajo una licencia Creative Commons con atribución, compartir igual y sin uso comercial. Esto quiere decir que puedes usar sus contenidos como te plazca, siempre que nombres a su autor, lo que hagas lo compartas con la misma licencia y no ganes dinero con ello, aunque esta última cláusula la podemos discutir, si quieres, escribiéndome a pajarossobrelacabeza@gmail.com; las demás cláusulas son irrenunciables e innegociables.

Puedes descubrir más sobre este proyecto en:
www.pajarossobrelacabeza.com

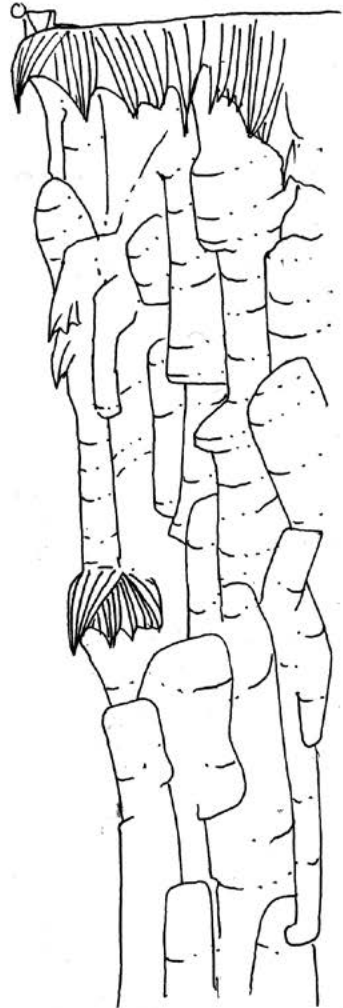


Except where otherwise noted, this work is licensed under
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/>

¿Caminasteis alguna vez al borde de un precipicio en
cuyo fondo estaba aquello que más anhelabas?

...Yo estoy a punto de hacerlo.

Subir es facil
lo dificil es bajar
a buscar lo que dejaste.
porque ni lo viste
de tanto mirar hacia
ARRIBA



Comienzo por caminar en su borde calculando que altura podrá haber. Tiro una piedra, la veo caer. La observo durante un rato, no cae recta, en algunos puntos se desvía ligeramente. Por fin llega al fondo. O eso creo, ya que la he perdido de vista. Sin duda es muy profundo, como 30 segundos de profundidad.

Sigo caminando por su borde, pero ya no miro el fondo, miro sus paredes buscando un camino por el que descender.

A mitad de pared veo un sendero.

Sigo caminando por el borde siguiendo con la mirada ese sendero a mitad de pared, tengo la esperanza de encontrar algún acceso a él.

En un punto el sendero parece desaparecer en la pared. Continúo caminando por el borde con la idea de que en algún punto reaparecerá. Al rato el estómago empieza a rugirme por el hambre. Levando la vista y miro a mi alrededor, veo un bosque frondoso, y a su lado, un acogedor desierto con un bar de carretera sin carretera. Me dirijo hacia el bosque a ver si encuentro algo de comer.

Es un bosque de álamos. Sus calles rectas me indican mil caminos.

Y ninguno me gusta.

Cojo el primero que tengo delante de mí. Estoy un rato avanzando por él. La única diversión es alguna que otra piedra con musgo. Me paro en todas y cada una de las piedras, las levanto y observo la vida que hay debajo de ellas.

Hay mucha más alegría debajo de cada piedra que en todo el bosque junto, que más parece un cementerio de funcionarios uniformados.

Cada piedra que levanto la vuelvo a colocar con sumo cuidado donde estaba, intentando no matar ninguna criatura de las que ahí habitan.

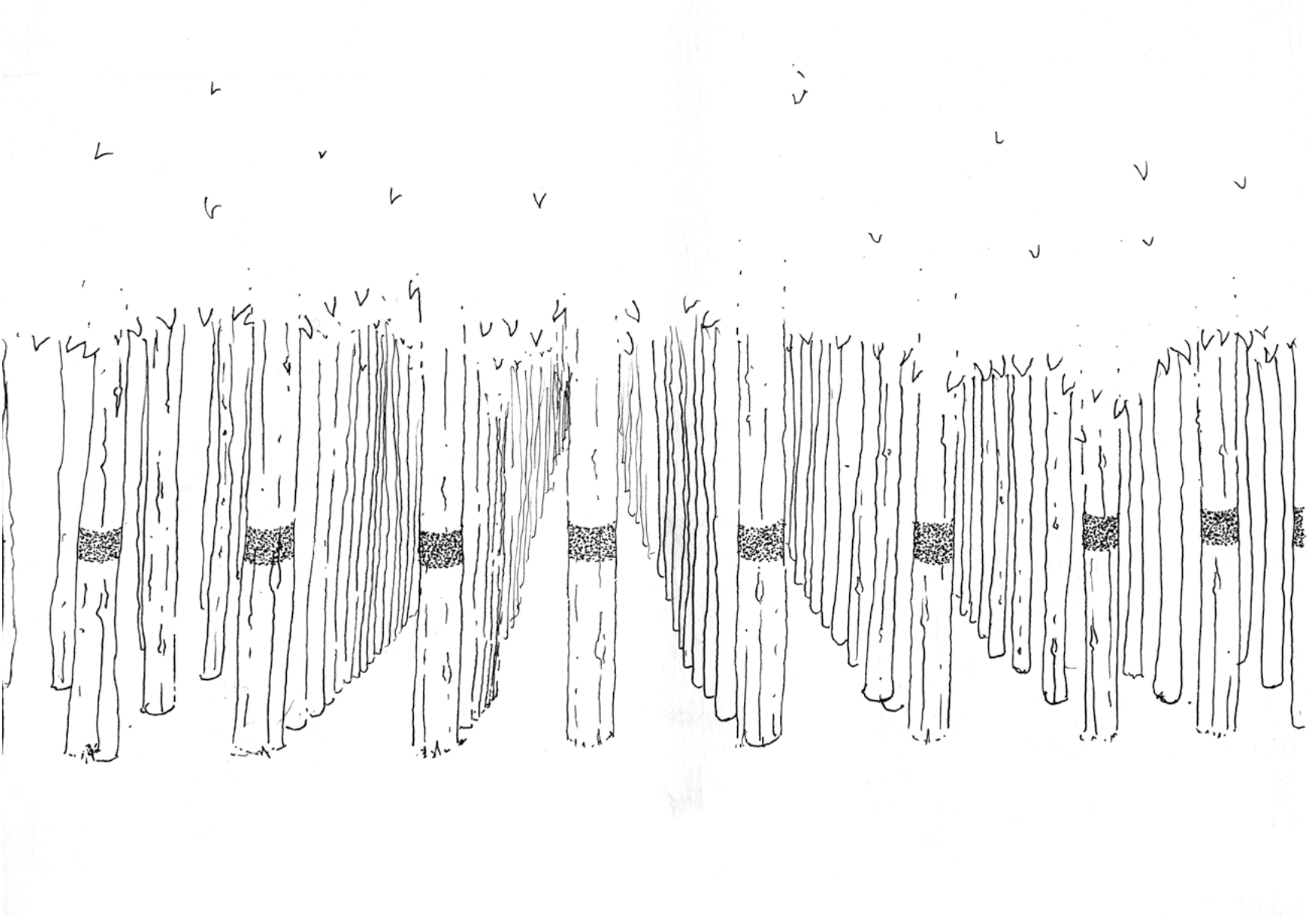
Si estos microcosmos tuvieran noticiarios el titular sería:

“Terremoto de magnitud 8 se salda sin ningún herido y sin daños materiales de relevancia”.

Así de cuidadoso soy devolviendo cada piedra a su sitio.

En una de estas un rugido me recuerda que tengo que buscar comida.

Tuerzo la primera a la izquierda dibujando un ángulo de noventa grados y camino recto hasta que por fin consigo salir del bosque.



Ya en el desierto me dirijo al bar de carretera. Entro por su puerta que se me abre automáticamente. Lo primero que veo es una vitrina llena de navajas, encima de ella un bufanda del real Madrid y una bandera de España. Me dirijo a la barra. Veo a mi izquierda un buffet libre. Un cartel indica que cuesta 15 euros.

Paso del buffet libre.

Llego a la barra y le pido un bocadillo de tortilla y una cerveza.

Me lo como todo con ansia y me bebo la cerveza con sed. Solo hay otras dos personas en el bar. El camarero y un abuelillo que mira a través de mí.

Me voy a marchar cuando el camarero me pasa la cuenta. Le digo que no tengo dinero y le pregunto si conoce la manera de llegar al sendero que hay a mitad de la pared del acantilado.

Me dice que sí que sabe. Que de hecho hay un pasadizo desde el bar que lleva directamente a ese sendero. Pero puntualiza que si no pago la cuenta no me va a dejar acceder a él.

Le recuerdo que no tengo dinero, pero le indico que tengo experiencia como camarero. Le parece una buena idea ya que está a punto de empezar la temporada alta y necesita algún refuerzo. Me pongo el uniforme reglamentario de camarero, cojo un comandero, una bandeja y un bayeta, salgo afuera a montar la terraza.

Son 30 mesas y 120 sillas, me pregunto para que querrá tantas mesas y sillas en un lugar como este.

Mi pregunta queda resuelta cuando al colocar la última mesa y volverme veo la terraza llena de guiris madrileños mirándome con ansia y algo de odio altivo.

Estoy el día entero trabajando para pagar el bocadillo y la cerveza.

Termina la jornada, estoy completamente reventado y además tengo hambre. El camarero, me sirve un plato de sobras del día y me invita a quedarme a dormir y así poder marchar con energías renovadas.

Lo como todo y luego me tumbo en un colchón que está entre dos enormes neveras.

Me duermo arrullado por el run run de sus motores.



Me despierto, como es costumbre, con las primeras luces. Voy hacia el camarero que ya está limpiando la barra. Antes de poder abrir la boca me pasa una factura con una cena y una noche de hotel.

Le digo que se lo cobre del día de ayer.

Me dice que solo acepta efectivo.

Le digo que me pague el día de ayer.

Me dice que los pagos se realizan a final de mes.

Me dice que le gusta como trabajo y que me contrata para lo que queda de mes a cambio de comida y cama y mis deudas pendientes.

Me veo entonces trabajando todo el mes, aguantando a los guiris madrileños, sus malas maneras, sus cafés con nombre y apellidos, al hamaquero asturiano con ínfulas de capo, a niños malcriados, al hostelero vacilón y al imbécil de su hijo, a la clienta para la que el plato está más vacío y más caro que el año pasado. Y todos vestidos con la camiseta de “el cliente siempre tiene la razón”.

Imaginarme todo esto me produce un estado de rabia que se transforma en un acción violenta que hace llegar al camarero a la conclusión que será mejor que me indique el camino oculto hacia el sendero en mitad de la pared y dar

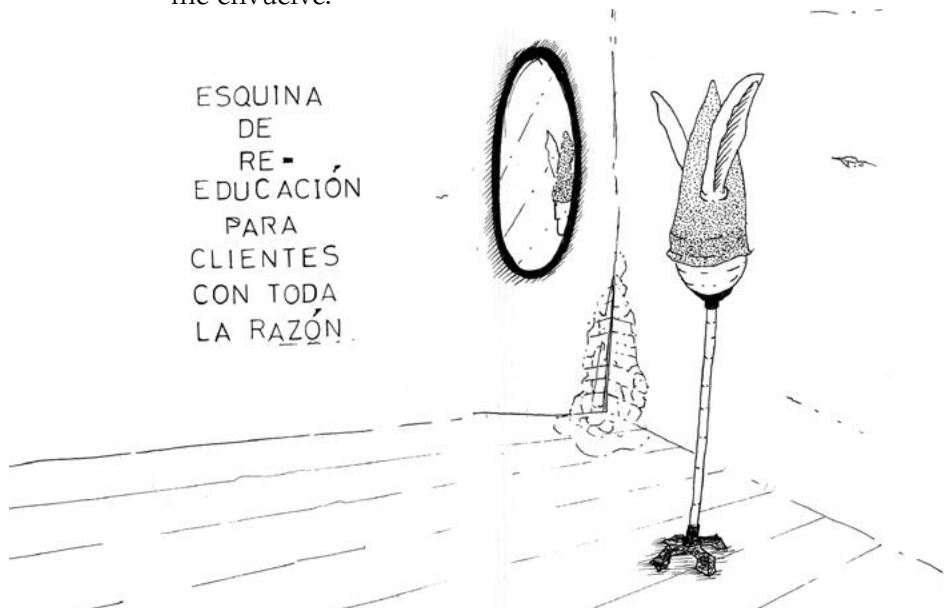
por saldada la deuda.

Con buenas maneras le hago entender que será bueno que me equipe con buen material de espeleología y suministros para el viaje.

El acepta de buen grado y me agradece todo el esfuerzo.

Estoy a punto de decirle que me acompañe cargando con el equipo, pero atendiendo a mis razones y la poco grata compañía que puede resultar, marchó solo, cargando con mi propio equipaje.

Cruzo la puerta que da entrada al pasadizo y su oscuridad me envuelve.



Entrar de nuevo en la cueva y atravesar otra vez
la oscuridad iluminando con mi linterna la nada y
descubriendo más de lo mismo.

Pasos a ciegas y desorientados en el hormiguero de la
imposibilidad.

Una vez más en el mismo lugar y con la misma compañía.
¿Volverá a aparecer la gran hormiga blanca que me lleve de
nuevo a la ciudad vacía?

Volver a la ciudad vacía, al espacio de incomunicación
saturada.

A las casas que son prisiones con ventanas antenificadas a
realidades acomodadas al interés del que nos alimenta con
pienso sabor
“lo que tú quieras”.

Respiro

A la entrada de la ciudad me pidieron la cuenta bancaria.

“Sin estabilidad no se puede entrar a la ciudad”,
me dijeron.

“solo estoy de paso, no me pienso quedar”
les dije.

“no es una ciudad de paso, si entras te quedas”

Rodeo la ciudad y una vez más me siento miserable.
Pero no penséis que esto es un problema.

Gracias a que soy un miserable esta ciudad tampoco me
atrapó.

Evité de nuevo que mis pies quedaran pegados en su
untuosa “estabilidad”.

Suspiro



Cruzo la oscuridad del pasadizo sin detenerme o mirar atrás mientras todas estas cosas pasan por mí imaginación.

En poco más de un buen rato llego a su salida.

Y allí estoy, en el sendero a mitad de pared.

A mi derecha me encuentro con un hombre con máscara de conejo y a la izquierda a un conejo con máscara de hombre.

Ambos tienen la boca llena de chocolate, se han comido los huevos que debían esconder. El fracaso gotea desde sus ojos.

Pero no están llorando, ni siquiera se sienten culpables.

Ninguno de los dos me deja avanzar por el estrecho sendero.

Les pido permiso para pasar, primero a uno, que no se inmuta, luego al otro, que parece sonreírse ante mi petición, pero nada más. Es difícil encontrar alguna respuesta en sus máscaras.

Les pregunto que sí podrían ayudarme a bajar al fondo del precipicio. El conejo empieza a botar histéricamente, el hombre aplaude nerviosamente.

El hombre para de aplaudir y dice.

“La mejor forma de bajar al fondo de un precipicio es precipitarse”

Y a partir de ahí comienza una larga charla donde me habla de los distintos tipos de precipitación. Desde las precipitaciones de sustancias químicas a los distintos tipos maneras y formas de precipitarse al tomar una decisión.

No encuentro respuesta en sus palabras a mi pregunta, así que me giro hacia el conejo con máscara de hombre.

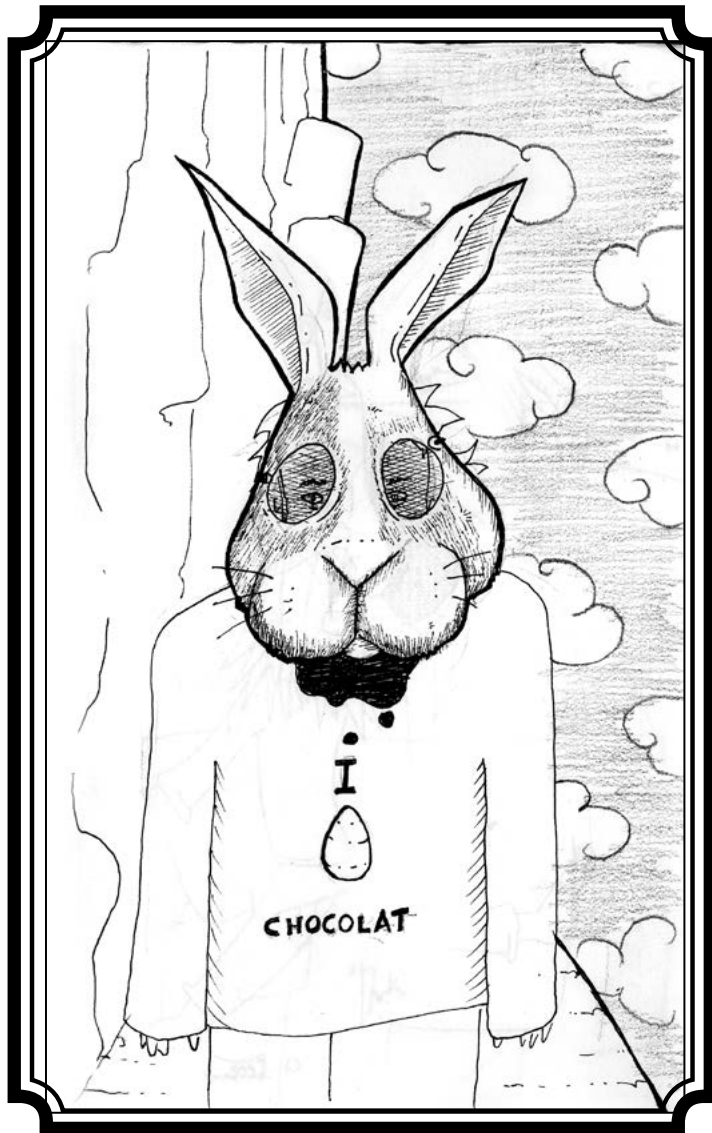
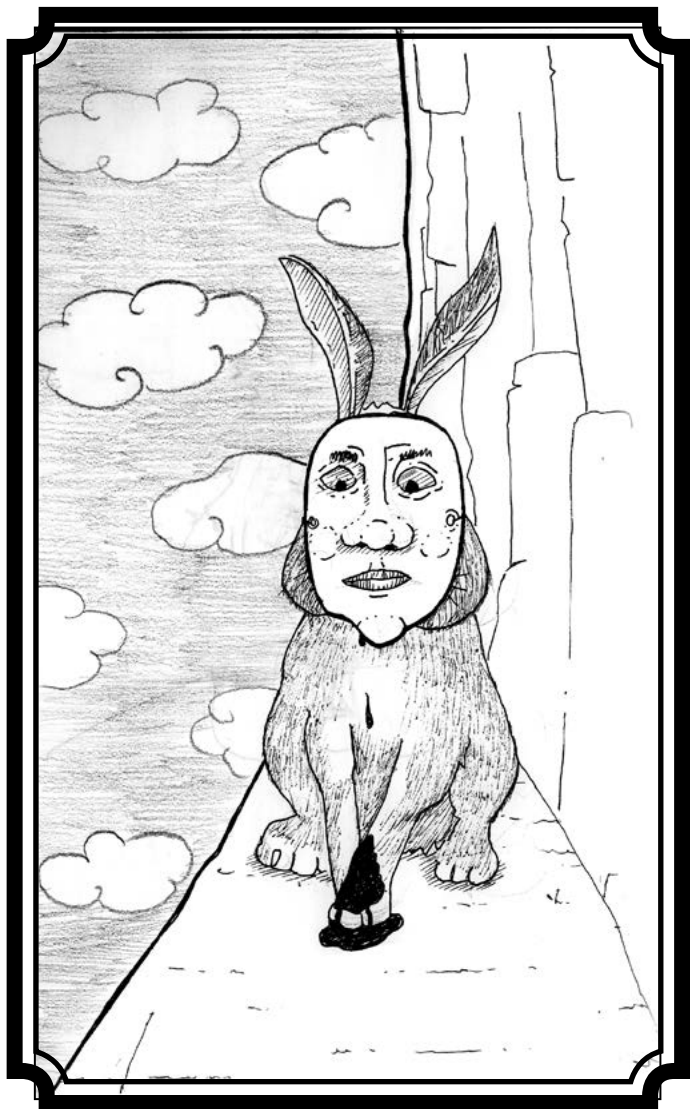
Este sigue saltando nerviosamente. Le vuelvo a preguntar cuál es la mejor manera de llegar al fondo del precipicio, y sin mediar palabra, normal es un conejo, salta y se precipita al vacío de la única manera que no me había explicado el hombre con máscara de conejo.

Veo como cae, y veo como se revienta contra el fondo.

Tampoco esta manera me parece la más adecuada.

Al saltar el conejo una de la direcciones del camino a quedado despejada. Al final va a ser verdad que preguntando se llega a cualquier parte. Avanzo por el camino.

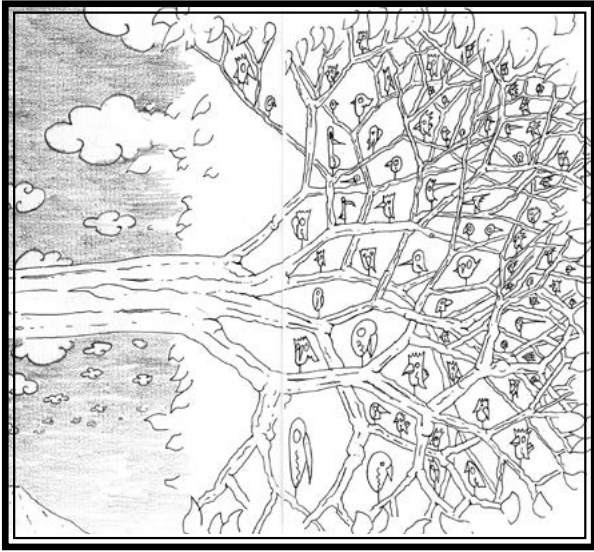
El hombre con máscara de conejo me sigue sin mediar palabra. Este hecho me hace llegar a la conclusión de que no podré desandar mis pasos pues el hombre con máscara de conejo me cierra el paso.



Me encuentro con un enorme árbol que sale de la pared. Crece en una atípica horizontalidad. Sus ramas están llenas de pájaros que me miran. Hago un gesto brusco para espantarlos. Pero no se inmutan, al igual que el hombre que me sigue. De hecho siento que me miran con cara de “que hace este imbécil”.

Viendo ese inusitado rasgo humano en una colonia de pájaros decido preguntarles como bajar al fondo del precipicio. Formulo mi pregunta y todos echan a volar.

“volando, que evidente” expreso en voz alta.



Le pregunto al hombre con cara de conejo como poder volar. Este me responde con una enorme lista de posibilidades. Dejo que termine y escojo la que me parece más apropiada.

Me construyo unas alas con todas las hojas del árbol. Me propongo a usarlas. Me coloco al borde del precipicio. Me acuerdo del conejo con máscara de hombre, de cómo saltó precipitándose al vacío, y como se estampó contra el fondo. Me da miedo. Me quito las alas y se las pongo al hombre con máscara de conejo. Con una delicada patada en el pecho lo lanzo al precipicio.

Cae durante un rato sobre sus espaldas sin inmutarse.

De forma muy eléctrica se gira y comienza a agitar las alas. Su caída se detiene. Lo veo marchar volando con una dirección fija, pero sin rumbo conocido.

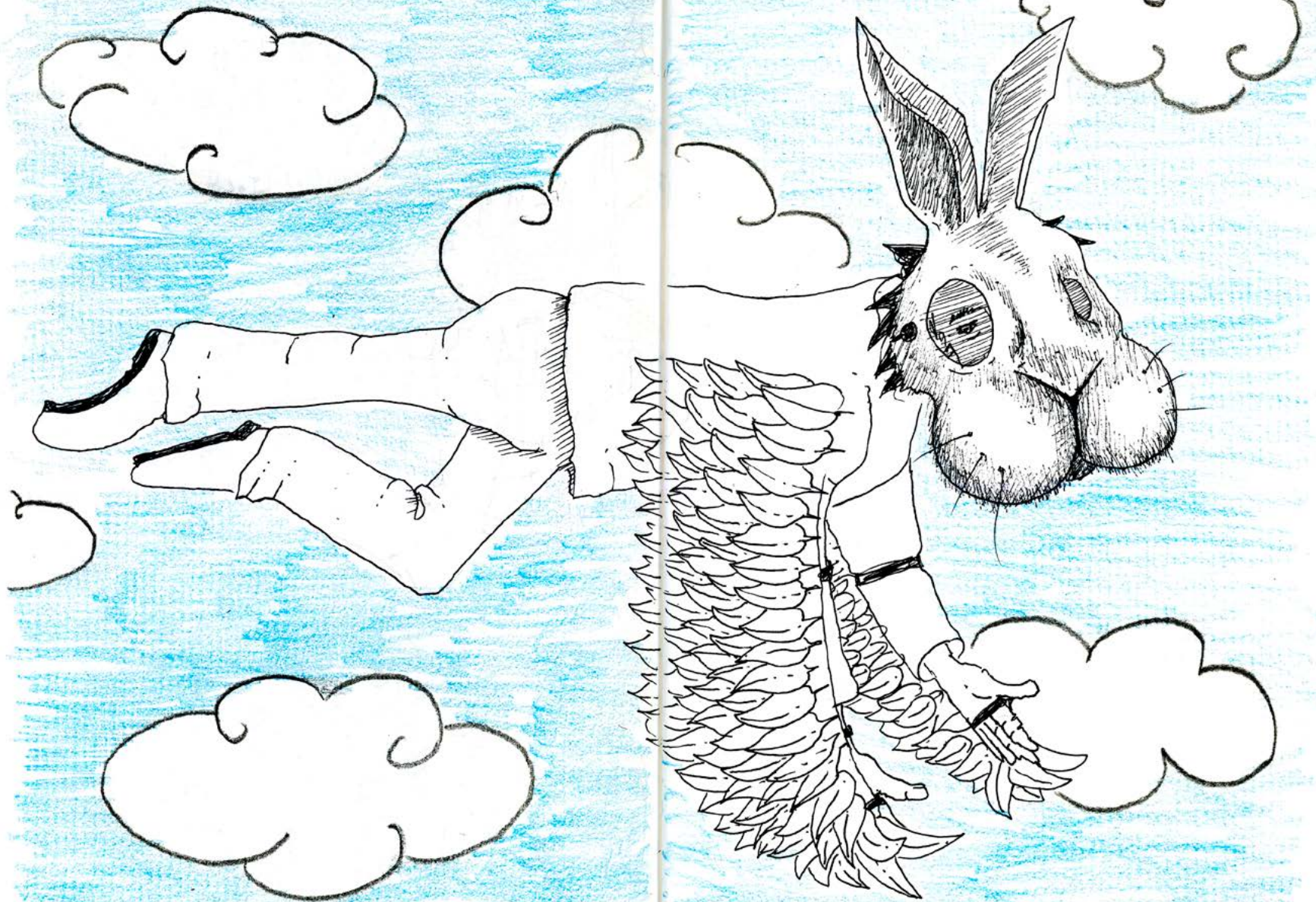
Lo veo perderse en el horizonte.

Me alegro por que las alas funcionan.

Me entristezco porque acabo de perder mis alas.

Miro al árbol deshojado y me entristezco bastante más. Lloro durante un largo rato. Termino de llorar, me levanto y continuo avanzando por el sendero. Estoy contento de saber que ahora puedo caminar por el sendero sin miedo a no poder volver sobre mis pasos, pues el que no me permitía hacer tal cosa marchó volando con mis alas. No fue mal intercambio.

Comienzo a caminar como el que pasea y lo disfruta.



En mi pasear miro el paisaje. Estoy rodeado de horizonte por todos lados, menos por uno, justo el que da al muro del precipicio.

Lo toco y siento su realidad.

Intento tocar el horizonte y me doy cuenta de que es imposible. El horizonte es una imposibilidad en sí mismo, un mar que no sé puede nadar.

Miro al fondo y veo al conejo estampado. Es lo único que veo. ¿Qué es lo que dejé allá abajo? ¿Por qué es tan importante? Si me vas a dar una respuesta por favor que no sea que lo importante es haber llegado, que la respuesta está en el camino, en lo que vivo y aprendo, en lo andado. Son patrañas autocomplacientes.

Sigo caminando durante un buen rato, devorando sendero a cada paso. El sendero siempre aparece por la izquierda. Gira todo el rato en la misma dirección. Pero no desciende, o por lo menos no lo siento así. Ante mí aparece de nuevo la entrada al pasadizo. Confirmado, el sendero es circular.

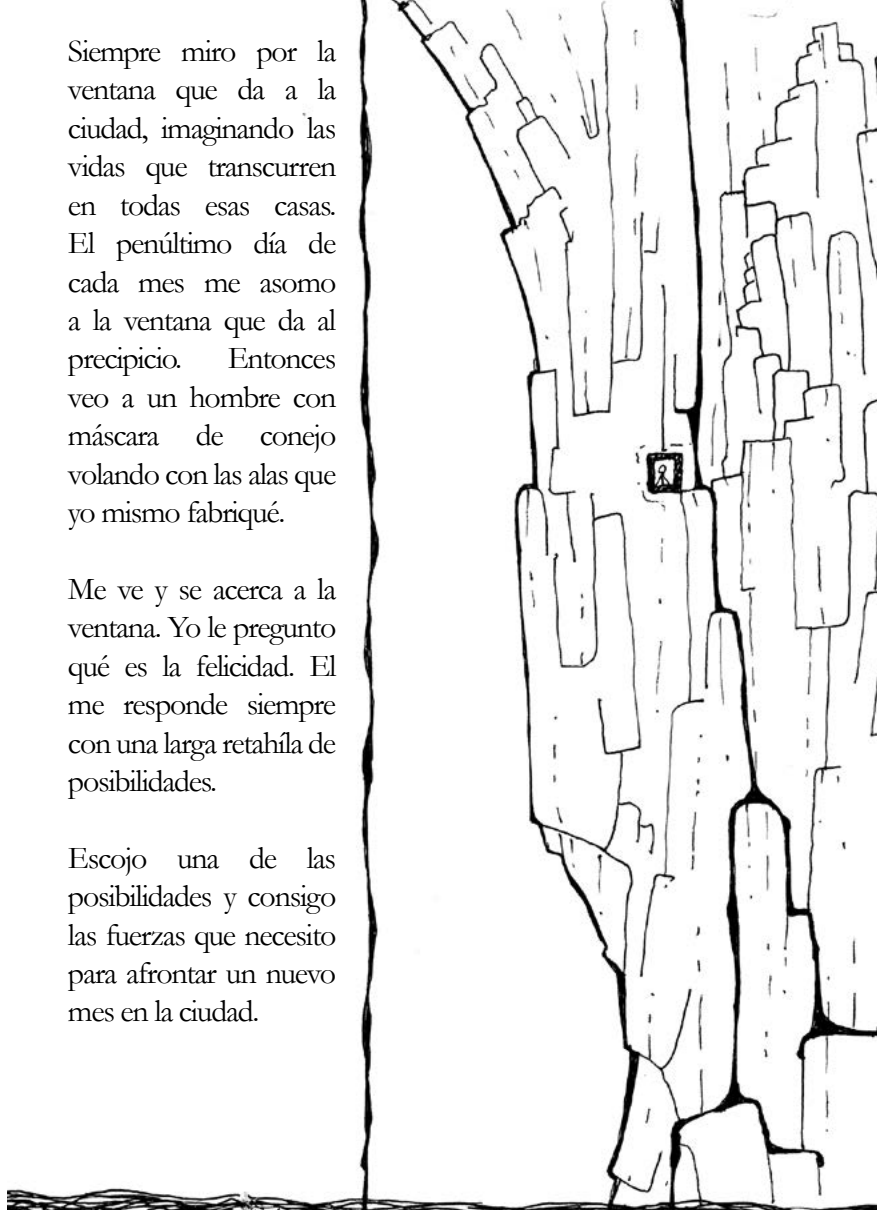
Confirmado, caminar no es siempre la respuesta.

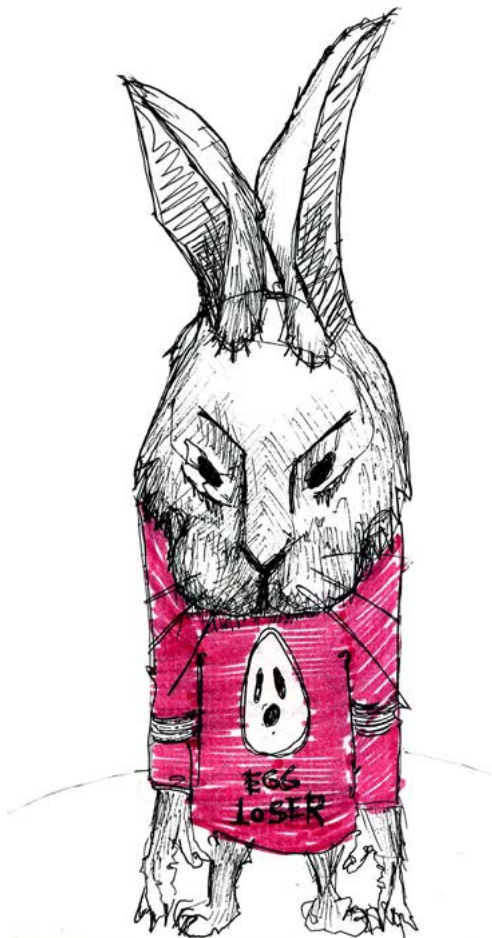
Entro. Me dirijo a la ciudad. No me dejan entrar, no tengo trabajo. Regreso al bar de carretera. Pido trabajo. Me lo dan, les gusta como trabajo. Vuelvo a la ciudad, me dejan entrar, construyo mi casa. Tiene dos ventanas, una da a la ciudad, otra al precipicio.

Siempre miro por la ventana que da a la ciudad, imaginando las vidas que transcurren en todas esas casas. El penúltimo día de cada mes me asomo a la ventana que da al precipicio. Entonces veo a un hombre con máscara de conejo volando con las alas que yo mismo fabriqué.

Me ve y se acerca a la ventana. Yo le pregunto qué es la felicidad. El me responde siempre con una larga retahíla de posibilidades.

Escojo una de las posibilidades y consigo las fuerzas que necesito para afrontar un nuevo mes en la ciudad.





Este fanzine ha sido autoeditado y encuadernado a mano por rafael García Artiles a fecha de: